

ciones y en estado lastimoso en cuanto á sus vestidos; pero eso sí repletos y lucios, regoldando á todas horas el cabrito y las gallinas de Castilla: *para eso habian hecho florecer, de un modo admirable, la agricultura.*

Las poblaciones ya formadas eran abandonadas por los españoles, lo mismo que las encomiendas, porque no se conformaban con comer á dos carrillos y beber agua clara. Más de cien hombre que había en Culiacán abandonaron la población, dejando al Alcalde con un palmo de narices; y cincuenta que salieron de Chametla á sujetar unos indios rebeldes no volvieron más; pues se fueron, como los anteriores, para las playas del Pacifico con la esperanza de llegar al Perú, que se hallaba en plena prosperidad con motivo del descubrimiento de las minas del Potosí.

En suma: la conquista estaba ya á punto de fracasar: las autoridades no sabían qué hacer por falta de recursos; y los indios, ensoberbecidos con la debilidad de los españoles, se disponían á reconquistar sus terrenos, cuando la generosidad de un indio agradecido obsequió á una pobre viuda española con la mina del Espiritu Santo cerca de Compostela, rica en demasía. Este fué el primer descubrimiento minero bonancible de la Nueva Galicia y por ende la salvación inmediata de los españoles que allí había y el principio de la verdadera riqueza y prosperidad de aquella extensa región.

Hé aquí por qué he dicho que si México no fuese un país minero sería uno de los pueblos más infelices del mundo.

Y como no hablo de memoria, supuesto que, á diferencia de los escritores agrícolas, fundo en la historia ó con los hechos mis razonamientos, me parece que puedo ser creído. Si así fuese, habré matado dos pajaros de un tiro, defendiendo á los mineros y á los conquistadores.

LA BAJA DE LA PLATA ESTA PRODUCIENDO

EL ALZA DEL ORO.

Duéleme á veces el haber tomado voluntariamente á mi cargo esta difícil y laboriosa tarea de escribir en favor de la industria minera, por la premura con que lo hago, pues no es lo mismo escribir en un libro ú opúsculo, con toda meditación y descanso, que hilvanar apresuradamente frases para un artículo de periódico; siquiera sea semanario; pero como la minería está siendo ahora el blanco de los ataques, más ó menos apasionados, pero siempre injustos, de algunos escritores públicos, que á fuer de economistas blasonan de platitudes, ó que á título de entendidos agricultores alardean de economistas, obligado estoy á sostener los fueros de la verdad y de la justicia, combatiendo ideas que considero por demás absurdas y en extremo peligrosas para el desarrollo de la riqueza pública, y por consiguiente del bienestar y prosperidad del país.

Nada extraño es que los perjuicios que ha sufrido y sigue sufriendo la República con la baja inusitada de la plata, hayan puesto fuera de trastes á los escritores públicos, que en su patriótico afán de hallar el origen del mal, para buscarle pronto remedio, han ido á dar con la industria minera, como si se dijese con la madre del cordero, y sobre ella descargan sus iras, cual si fuese culpable, precisamente cuando merecía los más calurosos y sinceros parabienes por haber aumenta-

do considerablemente sus productos, merced á la pericia, actividad y arrojo de los mineros.

Bañábame con verdadera fruición en agua rosada los días pasados y daba sinceramente gracias á Dios, porque había concluído la terrible barahunda de la prensa contra los mineros, producida por la sensible y repentina baja del metal blanco, pero aún no salía á la luz pública esta sencilla expansión mía, cuando llegó á mis manos un opúsculo sobre el cultivo del café, en el cual se dice, sin demostrarlo de ningún modo, que *la minería es la causa eficiente de la pobreza en que nos encontramos*.

Ya no son, pues, únicamente los economistas los que suelen hablar de papo en contra de la noble industria minera, la primera entre todas las industrias nacionales, sino que también lo hacen algunos agricultores, que, suponiendo irremisiblemente muerta la minería con la baja de la plata, vienen con sus manos lavadas á pretender aprovecharse de sus despojos. ¡Qué equivocados están estos nuevos adalides! Mala ocasión han escogido para la lucha, porque la industria que suponen moribunda está ahora más rolliza, sana y pujante que nunca; y aunque así no fuera, tienen los mineros tales bríos y es tanta su energía y entereza, que serían capaces de hacer renacer su industria de sus propias cenizas como el célebre y fabuloso ave fénix.

Cuando hablo de economistas no me refiero á los que con tanto brío como erudición sostienen el doble patrón monetario, sino á los que he llamado platicidas, porque trabajan con ahinco, con verdadero furor por la supresión de la moneda de plata en el comercio universal.

Estos ardientes y celosos partidarios del metal amarillo se dividen en tres clases: la primera se compone de los financieros optimistas que creen, de la mejor buena fé, que el mundo entero marcharía á maravilla en sus transacciones comerciales teniendo el oro como única base monetaria. Por más columbina que sea esta creencia, no deja de ser respetable por

la sinceridad con que abogan por ella sus adeptos; la segunda clase de economistas se compone de especuladores ó interesados en la fluctuación de los metales preciosos, porque de esa alta y baja de precios sacan grandes ventajas pecuniarias; y la tercera clase, que es la más numerosa, está formada de esos escritores que se van por el chorrillo, repitiendo frases que es un contento, tan sólo porque las han traducido de idiomas extranjeros, como aquella de *muy pronto la plata no valdrá más que el cobre*, que ya se va haciendo célebre.

Los optimistas, esto es, los escritores que aspiran á la perfección en el sistema monetario, los que persiguen el monometalismo como el bello ideal de la moneda, han preparado admirablemente el terreno á los especuladores, aunque de una manera inconsciente, porque sin quererlo han hecho desestimar la plata en el comercio y estimar demasiado el oro, prodigando su instrucción y su talento en sus quiméricos discursos. Y como estos escritores son de los más ilustrados y todo el mundo sabe que trabajan de buena fé, han conquistado por millares los adeptos, aun entre las personas formales y bien intencionadas; más si, por desgracia, llegara á establecerse el monometalismo veríamos cómo el mundo entero daba un estallido formidable.

Si los ensayos parciales que se han hecho en Europa, en circunstancias las más favorables, van dejando por puertas á las naciones, ¿qué sucedería si el monometalismo llegara á ser el sistema monetario universal?

Cuando he dicho que los optimistas, lo mismo que los especuladores, han hecho estimar más el oro, los unos con sus discursos y con su juego de bolsa los otros, he querido decir que el metal amarillo sube de precio, y llegará hasta las nubes desapareciendo del comercio monetario, si las cosas siguen como van; y como no quiero que se me acuse de ligero me remito á los cablegramas recibidos de Europa y los Estados Unidos, de los cuales copio en seguida el que tengo á la vista.

“Londres 7.—Ayer subió el oro en barras á 77 chelines y

11½ peniques la onza. Mercado firme." Esto es más, mucho más del valor legal del oro en Londres. En otros términos: si el Gobierno inglés sigue acuñando oro, sufrirá una pérdida considerable en la amonedación. Verdad es que esta pérdida no sería más que la compensación de las ganancias que ha obtenido en la acuñación de la plata que ha comprado á bajo precio. Parece inventado para este caso el refrán que dice: *agua coge con harnero, quien se cree de ligero.*

En cuanto á los economistas especuladores, todo lo que se puede decir de ellos es, que son muy listos y que entienden su negocio perfectamente; han comprendido que la compra de metales preciosos es un asunto terrenal, enteramente prosaico y lo manejan á maravilla aprovechando las elocuentes lucubraciones de los teóricos ó idealistas. Ya jugaron fuerte y ganaron sumas fabulosas favoreciendo la baja de la plata, ahora comienzan á jugar al alza del oro y ganarán también, porque ellos nunca pierden; suelen perder los Gobiernos, pierden siempre los comerciantes é industriales, pero los jugadores jamás. De manera que si Dios no lo remedia, seguirá subiendo el oro; porque con esta alza hacen su agosto los jugadores; y como los gobiernos no son muy filántropos que digamos, pues siempre toman las maduras y dejan las duras para los pueblos, es seguro que cuando compren el oro en barras más caro, valdrán más las libras esterlinas; de modo que si hoy valen 25 francos, más tarde valdrán 30 ó 40 francos. Apenas se puede comprender cómo los flemáticos y sesudos ingleses se han ido de ligero en asunto tan serio; ¡y así dicen los sajones que la raza latina es impresionable, romántica é idealista!

Por lo que respecta á la tercera clase de economistas, los que sirven de monitores en la prensa nacional á los escritores europeos, día llegará en que queden plenamente convencidos de que están haciendo mucho daño al país con sus trabajos periodísticos, y acabarán por declararse bimetalistas, aunque sólo sea por mero patriotismo.

Buena prueba de lo que acabo de decir es el siguiente suelto que leí en un periódico.

"*El bimetalismo.* Las legiones bimetalistas ven engrosar sus filas diariamente en Inglaterra y los Estados Unidos."

"Parece ser que la plata no será arrojada del trono que hace tantos siglos comparte con el oro, gobernando juntos el mundo."

Viene aquí como de molde el párrafo siguiente de una carta que acabo de recibir de un antiguo amigo mío, minero bien reputado de Catorce:

"Creo como vd. que la plata no dejará de ser moneda en mucho tiempo, porque no hay en el mundo el oro necesario para la circulación y me parece que si llegaran á suprimirla, sería el medio mejor para que en poco tiempo se hicieran bimetalistas todas las naciones que ahora no lo son."

¡Y esto dicen los mineros, los que más se perjudicarían con la supresión de la moneda de plata! ¿Puede darse prueba mejor de la confianza que tienen los mineros en el triunfo definitivo del bimetalismo?

Me quedan ya pocas líneas de que disponer en el presente artículo y voy á dedicarlas á los escritores agrícolas, á los que alardeando de economistas acumulan guarismos sobre guarismos en sus escritos, para persuadirnos de que la agricultura es la industria más productiva del país, mientras que la minería ha sido la causa de nuestra pobreza.

Cuando leo esos artículos agrícolas me pregunto: ¿por qué será que haciéndose tan pronto millonarios con el cultivo del café, las naranjas, y los plátanos, hay tan pocos cultivadores de estas plantas? y lo que es aún más sorprendente, ¿por qué hay tantos propagandistas? Si el interés privado es efectivamente el incentivo más poderoso para el desarrollo inmediato de la industria, ¿por qué estará tan atrasada la agricultura, según las lamentaciones de sus defensores? ¿No estará sucediendo ahora á los agricultores del café y los plátanos lo que

sucedía al jugador aquel, que escribía á su esposa desde el tapete verde: "*Hijita: mándame dinero que estoy ganando?*"

Y digo esto porque los escritores de qué me ocupo no cesan de pedir á los braceros que vayan á establecerse á la tierra caliente; á los capitalistas que empleen su fortuna en los cultivos de cocos, café y naranjas; y al Gobierno que regale los terrenos baldíos á los agricultores para que se ensanchen los cultivos. Si la industria es tan bonancible, ¿por qué está siendo tan estéril la propaganda?

Los buenos negocios no necesitan propagandistas, porque solos se recomiendan: ahí está la Sierra Mojada que no me dejará comprometido en esta aserción. Los prodigios que ha obrado la minería en aquella región son tan recientes que nadie puede negarlos: aquella tierra antes desierta, estéril y seca, es hoy un emporio de riqueza; se ha levantado en ella millares de edificios; se ha hecho brotar el agua en varias partes; se ha construído caminos y ferrocarriles sin subvención; y produce hoy al Gobierno aquella región metalífera más rentas en un año que las que han producido en veinte años los cafetales; y téngase presente que los operarios, los capitalistas y los empresarios han ido allá de propia voluntad, á sus expensas y sin que nadie les dijese por la prensa que se iban á hacer millonarios. ¿Se dirá todavía que la industria minera es la causa de nuestra pobreza? Si tal sucede, los mineros pueden decir con toda confianza: *Aquel sabe que sé salva; que el otro no sabe nada.*

LOS MEXICANOS DEBEMOS SER BIMETALISTAS,

AUNQUE SÓLO SEA POR MERO PATRIOTISMO.

Benjamin Franklin, el notable físico que recogió por primera vez las chispas de la electricidad de una nube con su célebre pararrayo; el eminente político que hizo revocar en Londres el "Acta del Timbre," que prohibía á las colonias americanas decretar impuestos locales; el habilísimo diplomático, recibido con entusiasmo en París, cuando fué á impetrar socorros para conquistar la libertad de su patria, era también un hombre de trato agradable y de amables y galantes maneras, por lo cual se captó las más cordiales simpatías durante su residencia en la capital de Francia.

Refiérese que un día que se hallaba este ilustre americano en una reunión escogida, donde se hablaba muy bien de América, le dijo una hermosa dama:

—Si yo no fuese francesa, desearía ser americana.

A lo que contestó él, con mucha amabilidad.

—Pues yo si no fuese americano, desearía serlo.

Esta sola frase del distinguido patriota pinta admirablemente el carácter del pueblo americano, que es esencialmente práctico y cuya virtud fundamental es el patriotismo más acendrado.

Si á un individuo de la raza latina se le hubiese ofrecido tal coyuntura se habría extremado en alardes de galantería respondiendo á la hermosa francesa que si no fuese america-